

*Ramón Menanteau*  
Universidad de Chile

## CARTA A UN AMIGO FILOSOFO QUE NOS INVITA A PREOCUPARNOS DE NUESTROS PROBLEMAS REALES

Señor  
Carlos Miranda  
*Presente*

Estimado amigo:

El epígrafe que Ud. pone a su trabajo de la Revista de Filosofía de junio del año pasado declara perfectamente el pensamiento de Ud. Las alusiones que hace a una débil polémica en la que Ud. tercia sólo lo oscurecen. El epígrafe dice así: "Ningún filósofo ha sido un espíritu puro, ninguno ha estado desligado de su tiempo y de su patria". (R. Aron). Efectivamente, se es hijo de su siglo y de su raza aunque se proteste contra su siglo y contra su raza. Así, Sócrates sale del movimiento sofístico, y Lutero sale del catolicismo, y Jesús, continuando al judaísmo termina rompiendo con él. Ninguno de éstos elaboró un pensamiento propio. Así, también, ningún latinoamericano podrá elaborar un "pensamiento latinoamericano" omitiendo lo ya pensado en los siglos de la Historia. El ejercicio del pensamiento, además, amigo mío, se rige por unos cánones universales. El instrumental conceptual con que hemos de resolver nuestros problemas no es folklórico, y ni siquiera los problemas mismos que a Ud. le interesan lo son, pues, para bien o para mal, hay ya una civilización planetaria.

Nada tiene de desdorado asimilar categorías que no hemos forjado, lo grave es no saber qué hacer con ellas.

Formularon los griegos, enseña Zeller todas las cuestiones fundamentales de la Filosofía, teóricas y prácticas a la vez, y las contestaron con la transparente claridad que es característica de la mente helénica. Sin embargo el mismo Zeller nos recuerda que la Filosofía presocrática "contiene en sí todas las simientes que luego habrían de fructificar". La Filosofía presocrática, o sea, una Filosofía surgida en el Asia Menor, o sea, Filosofía de las colonias griegas, o sea, una Filosofía de fuera de la metrópoli.

Los pensadores griegos clásicos tenían ya unos textos a través de los cuales comprender sus problemas reales.

“Yo, dice Juan Bautista Alberdi, habré tomado ideas a todos, y de ello me lisonjeo, porque no he procurado separarme de todo el mundo, sino expresar y ser eco de todos. Pero creo no haber copiado a nadie sino a mí mismo. . . . a eso aludí cuando llamé a ese libro: Redacción breve de pensamientos antiguos”. (Cartas Quillotanas IV). No es exclusiva de Alberdi esta reflexión de nuestros problemas reales afincada en *toda* nuestra tradición intelectual. Es también la de Bello, Lastarria, Montalvo, Bilbao, Arcos. Y así fue como América Latina conversó consigo misma, conversación que Ud. también echa de menos.

Es un hecho, estimado amigo, y me alegro de coincidir con Ud., que la inmensa mayoría de los filósofos se ha preocupado de los problemas de su tiempo y de su raza. Las excepciones las hallamos en algunos contemporáneos nuestros encerrados en paréntesis, vírgulas, etimologías y “eidos” y que explícitamente establecen desconexiones entre existencia y conciencia.

He hecho mención a Alberdi, porque es de entre los nuestros quien representa la más cumplida repulsa a los caciquismos, indigenismos y folklorismos intelectuales que han exaltado un imposible pensamiento autóctono.

Pasemos ahora a los problemas reales que Ud. nos invita a encarar. ¿Cómo es que en un mundo rico con una inmensísima capacidad productiva los dos tercios de su población pasen hambre? Este es el problema fundamental ya que Ariel descansa sobre los hombros de Calibán.

El cómo poner la economía al servicio del hombre es *el* problema que tiene una inteligencia aplicada a la política. Es el problema de su inteligencia, querido amigo.

Las diferencias entre los países ricos y los países pobres tienden a hacerse más y más hondas.

“El 25% de la población mundial que vivía en la zona de ingreso más bajo del mundo en 1860, ganaba el 12,5% del ingreso mundial, mientras que en 1960 fue de 3,2%” (Zimmerman. Países pobres, Países Ricos. Ed. Siglo XXI).

Las cuentas que saca otro especialista no son tampoco alegres para el mundo en su conjunto.

“Hacia el fin del siglo XVIII . . . se ha podido estimar el desnivel de vida media entre la nación más rica y la más pobre como 8 es a 1: Inglaterra comparada con la India del Sur o con el Africa Tropical. Hoy día, US\$ 3.000 de renta anual por cabeza en EE.UU., contra US\$ 60 en el Alto Volta, en el Tchad, y en Pakistán. El desnivel se acerca al orden de 50 es a 1” (René Dumont. Chine Supeuplé).

Abra Ud. El *Fíguro* de este 21 de marzo y encontrará lo que el periódico llama "la deuda colosal" de los países pobres. Al finalizar 1977, el tercer mundo debe (¿a quién?) 330.000 millones de dólares, que se prevé aumentará en dos años en 110.000 millones.

Hay un progreso tecnológico que permite un excedente de riqueza, y 2.000 millones de hombres con necesidades básicas. Paradojal, ¿verdad? consideraciones que a falta de mejor nombre, llamaré morales, aconsejan repartir ese excedente. Tal ha sido el objetivo del Socialismo, y tal debe ser el nuestro.

"En lo que se refiere a las relaciones sociales, dice Servan-Schreiber —a quien Ud. por sus estudios actuales debe conocer— nuestra herencia que aún hoy está vigente es la expresada por la sentencia de Colbert: lo que a unos se le da se le quita a otros. Esto explica los rasgos esenciales de nuestra sociedad; principalmente, el papel de las jerarquías. Lujo y miseria coexisten, o sea, acción predatoria ejercida por el fuerte sobre el débil".

Irracionalidad de la economía como también puede decirse. Irracionalidad maquillada con tecnicismos. Irracionalidad que suele llamarse rentabilidad. Así, por ejemplo, producíamos azúcar y producíamos hilados, y so capa de rentabilidad ya los producimos menos. Pero compramos autos populares y de los otros, miles de embelecos y abalorios electrónicos. Situación ésta que recuerda las críticas que ya Aristóteles hacía a la crematística. La necesidad de acumular sin cesar, de enriquecimiento sin límite se le aparecían a Aristóteles como fenómenos irracionales. Pero, en verdad, huelga que le indique a Ud., antiguo profesor de Antigua, estos textos empolvados.

Estamos inmersos en un régimen económico caracterizado certeramente por Marx como "guerra entre los avaros".

Pero tampoco en el otro de los dos máximos sistemas económicos actuales se vislumbra una economía al servicio de la humanidad.

Una voz ilustrada de la esperanza "científica" hace tiempo que hablaba así: "Una Filosofía materialista y práctica no puede menos que prohibirse presentar un ideal trascendente; su ideal debe ser una función de la realidad. Debe tener raíces en esta realidad y existir en ella virtualmente. La idea del hombre total responde a esta exigencia. Además, la realidad del posible humano puede determinarse científicamente, por el estudio específicamente económico y sociológico" (H. Lefebvre. *El Materialismo Dialéctico*).

¡El Reino de los Cielos ya está entre nosotros!

Sin embargo, después de una generación, Lefebvre escribe: “Podemos preguntarnos si aún se puede contar con las transformaciones de la sociedad global —e incluso con la eficacia de la clase más ‘avanzada’, el proletariado— para crear una vida nueva en el sentido de las promesas y de las aspiraciones profundas que nos transmite y nos revela la Historia” (Introd. a la Modernidad).

Se han esperado grandes acciones del proletariado, y la base de esa esperanza ha sido la hipótesis de la creciente pauperización de los obreros. Hoy es una hipótesis desprestigiada, porque “... el racismo pudre hasta los proletariados francés y británico, este último muy consciente de que debe su nivel de vida relativamente más alto a la sobreexplotación de los árabes, los malayos y los africanos” (Gorz. Historia y Enajenación).

Pero, incluso, suponiendo un proletariado según lo describe el Manifiesto Comunista, resulta aún más sospechosa su capacidad para forjar el bien común, porque unos tales hombres están llenos de deseos de tener, y no de deseos de ser. Aspiran a ser consumidores más que productores. Todo lo cual, sin duda, es muy explicable, pero la explicación que se dé no desvanece la duda que un cierto trato con las acciones que ocurren en la vida suscita en nosotros. Porque, ¿pueden unos hombres inficionados de ansias y resentimientos, y justamente porque están así inficionados, crear unas nuevas formas de vida en el sentido de las promesas y de las aspiraciones profundas que nos transmite y nos revela la Historia?

No hay indicios de una futura consumación comunista, a pesar de que en buena parte del planeta han sido subvertidas —¿o no?— las relaciones capitalistas de producción. Hasta este momento, la llamada construcción del socialismo es una estratagema para la industrialización, que es lo que verdaderamente cuenta para los países que se remiten a Marx como para los países capitalistas.

Dentro de este común denominador se diferencian, desde luego, el capitalista concreto, que tiene nombre propio, y el capitalismo abstracto ya denunciado por Marx.

En los regímenes de capitalistas concretos, el excedente económico lo controla el dueño de los medios de producción que vuelve a reinvertir considerando su beneficio privado, y en los países “soi disant” socialistas, ese excedente lo controlan los administradores que pertenecen a un Partido único. Y mientras conviven el capitalista concreto y el capitalista abstracto, la sombra de Malthus se yergue sobre el mundo. Tal vez Malthus no tenga razón, pero todo pasa como si la tuviese. La rosa del mundo no ha nacido aún ni se adivina su capullo, porque, y es mi íntimo convencimiento, querido amigo, los hombres jamás seremos salvados desde fuera

meramente sin una profunda reforma interior. El combate por la revolución se da en el corazón mismo del hombre. Vana y peligrosamente acumulamos tensiones dejando caer imperativos y los demás mientras no atendemos a nuestra propia conversión a la verdad y la desasimiento. Y este es un problema realísimo, un archi, un protoproblema con el que la inteligencia aplicada a la política debe contar. Con el que debe contar su inteligencia, querido amigo.

San Miguel, marzo de 1980.